

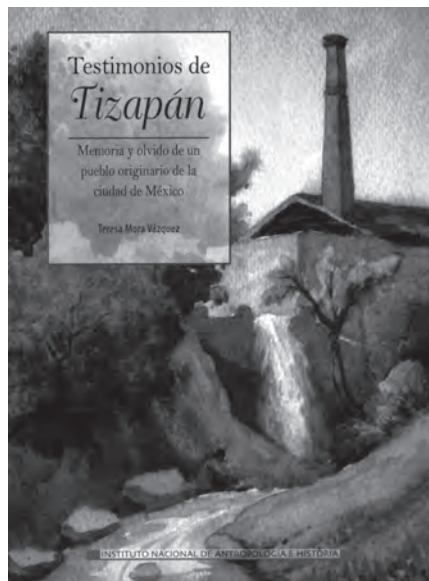
Teresa Mora Vázquez, *Testimonios de Tizapán. Memoria y olvido de un pueblo originario de la ciudad de México*, México, INAH, 2012.

Mette Wachter

Teresa Mora Vázquez, maestra en etnología adscrita a la DEAS del INAH, quien ha estudiado en las últimas décadas a los pueblos y barrios originarios del Distrito Federal, nos obsequia en esta ocasión con un libro por demás ameno que nos introduce al conocimiento de la memoria histórica del pueblo Tizapán, situado en la delegación Álvaro Obregón, que al mediar el siglo pasado empezó a perder su carácter agrícola y fabril, así como a luchar por no diluirse en el entramado urbano de la capital.

Se trata de una investigación que, tras ofrecernos un breve panorama acerca de los orígenes prehispánicos del pueblo, de su fisonomía colonial, así como de los avatares por los que transitó durante el siglo XIX, se centra en la vida cotidiana de sus habitantes entre las décadas de 1920 y 1960. Un periodo en que las fábricas textiles La Alpina, La Hormiga y La Corona alcanzaron su apogeo para luego decaer y desaparecer, lo cual, como se narra en el libro, modificó en buena medida la forma de vida de sus pobladores, si bien esto no implicó la desaparición de su sentido de pueblo, de colectividad, que hasta la fecha predomina en el lugar.

En este sentido, *Testimonios de Tizapán. Memoria y olvido de un pueblo originario de la ciudad de México* se distingue por documentar con dinamismo y acuciosidad los cambios y adaptaciones en aquella época, así como los trastornos que trajo consigo el cierre de los centros de producción textil, los cuales brindaban empleo a un número elevado de hombres y mujeres de esa colectividad y que al perder su principal fuente de sustento, en la década de 1960, se vieron obligados a buscar alternativas de trabajo o a emigrar.



La obra se escribió a partir de entrevistas realizadas por un tiempo prolongado por la propia autora, así como por Marcela Olmos, Esther Gallardo y Miriam Manrique, que recabaron con paciencia testimonios de personas de edad avanzada, las cuales trabajaron en las fábricas mencionadas y entre quienes destacan los llamados *Muchachos de la Fuente*: don José Guadalupe León y don Manuel Balderas Ramírez, que escucharon y enriquecieron con sus recuerdos y comentarios el contenido del trabajo.

Una serie de reflexiones teóricas en torno a la memoria histórica conforman el primer capítulo. Tal memoria no es definida como un espacio donde se resguardan o se acumulan los recuerdos, sino como un proceso de construcción sociocultural que se actualiza en forma constante desde un presente que muchas parece incierto, a la vez que entre otras cosas cumple con la función de producir profundos sentimientos de identidad. En efecto, quienes hemos trabajado en los ahora llamados pueblos originarios de la ciudad hemos detectado que la recreación de su memoria histórica les permite evocar, a veces con una fuerte dosis de nostalgia, prácticas que desde el presente tienen una significación especial,

en la medida que configuran y dan cuerpo a un territorio que desde hace decenios ha sido sitiado por el crecimiento caótico y desmedido de la capital. Estos pueblos, como lo señala Teresa Mora, se pueden definir como “unidades identitarias portadoras de una clara tradición histórica, económica, política y sociocultural y del uso simbólico de su legado territorial [las cuales] han logrado conservar su identidad de origen sin desintegrarse en el entramado urbano, gracias al apego, resistencia y lucha de los herederos de su antiguos pobladores” (pág. 9).

En los siguientes capítulos la autora, a partir de los testimonios de los entrevistados, nos introduce a las más diversas dimensiones de la vida sociocultural que dieron forma a la cotidianidad de Tizapán en la primera mitad del siglo pasado. Habla, entre otras muchas cosas, del tipo de alimentación característico del poblado, de la vida festiva y de las redes de ayuda mutua constituidas en torno a ella, de las rivalidades escenificadas por las “palomillas” de jóvenes, sus salidas al cine, los bailes y los noviazgos, así como los juegos propios de los niños y niñas, al tiempo que recoge con gran lujo de detalles información sobre los ritos funerarios característicos de la zona. Éstos, por extraño que parezca, incorporaban los juegos del “tiznado” y “al vivito te lo doy”, cuyo propósito era aliviar la tristeza de los deudos.

El libro también refiere a los nativos ilustres de Tizapán o que allí residieron y cobraron relevancia nacional. También menciona los gratos recuerdos que reproducen hasta la actualidad los habitantes del poblado acerca de las películas allí filmadas, entre ellas *La ilusión viaja en tranvía* y *No me defieras, compadre*, protagonizada por el popular Germán Valdés, *Tin Tan*. Los relatos contenidos en el libro también hacen referencia a aquellos espacios del territorio tizapeño que les fueron sustraídos en beneficio del capital inmobiliario o de los agentes gubernamentales empeñados en modernizar a la ciudad.

Fue el caso del lujoso fraccionamiento construido en el pedregal de San Ángel y de una parte de los terrenos donde ahora se ubica Ciudad Universitaria.

Un aspecto de este trabajo fundamental es su intención de rescatar la tradición fabril de la zona. Hasta ahora la mayoría de las investigaciones realizadas sobre los pueblos y barrios de la capital se han hecho en regiones que hasta hace algunas décadas se dedicaban en forma primordial al trabajo agrícola, motivo por el cual aluden con frecuencia a aquellos aspectos que, derivados de esa vocación productiva, se mantienen vivos, aunque ciertamente de manera actualizada. Empero, *Testimonio de Tizapán* nos muestra la importancia actual para sus habitantes sobre una tradición creada en la modernidad. Y, en efecto, aunque desde la época colonial existieron obrajes en el territorio sobre el que ahora se despliega el Distrito Federal, fue durante el porfiriato, es decir, el momento en que el proceso de modernización de nuestro país comenzó a impulsarse con intensidad, cuando estos centros manufactureros fueron desplazados por fábricas profusa y novedosamente mecanizadas.

A partir de entonces el trabajo fabril comenzó a marcar los ritmos y la forma de vida de Tizapán, cuyos recuerdos se recrean en la memoria histórica de esta colectividad y que de manera anecdótica y detallada se vierte en esta obra. Así, en relación con el trabajo en la fábricas, se narra la multitud de destrezas entonces desarrolladas por los nativos para manejar las máquinas, reconocer las materias primas, los tintes y la calidad de las fibras: en síntesis, los conocimientos y habilidades requeridos para producir los diferentes textiles ofrecidos a la venta por las boyantes fábricas.

La obra también advierte sobre la relevancia adquirida por el trabajo obrero en la zona, al mencionar las nuevas divisiones o rivalidades surgidas tanto en el interior co-

mo en el exterior del pueblo a consecuencia de la aparición de los nuevos centros fabriles. Estas rivalidades se aprecian con la aparición de apodos y denominaciones para identificar a los individuos con determinados espacios de producción. Al respecto, los trabajadores de La Alpina adquirieron el mote de *los Piojos o las Borregas*, pues su trabajo se centraba en la lana; los de La Hormiga eran llamados *los Polvientos*, porque el algodón con el que trabajaban “soltaba mucho polvo”, mientras que los de Loreto y Peña Pobre, pueblo vecino de Tizapán, recibían el mote de *los Papeleros*, dada la orientación de esa fábrica.

Ahora bien, la vida fabril, que ahora se percibe como una tradición constitutiva, como un elemento de distinción diacrítico del pueblo, también implicó cambios que refieren a la inserción de los tizapeños en la vida institucional del Estado posrevolucionario. En efecto, los obreros debieron afiliarse al recientemente creado Instituto Mexicano del Seguro Social, así como optar por agremiarse a una de las centrales obreras que en ese momento competían por monopolizar el control político y económico de este sector de la población. Ninguno de estos dos procesos, según se relata en la obra, resultó fácil. En el primer caso los obreros se preguntaban cuál era la ventaja de pertenecer al Seguro Social, si ya contaban con los servicios médicos brindados por la empresa, y en el segundo cuestionaban la rectitud de los líderes obreros. De cualquier forma los tizapeños se apropiaron de los servicios de seguridad social y de las formas de organización sindical, al afiliarse a la Confederación de Trabajadores de México (cct), la cual llegó a jugar un papel primordial en la reproducción socioeconómica y cultural del pueblo y del gremio. Esta organización, a través de sus sindicatos, auxilió a crear redes de ayuda mutua por las que circulaban dinero, bienes o servicios orientados a resolver los problemas graves que

llegaban a afrontar las familias de los trabajadores. También jugó un papel esencial en el desarrollo de las actividades propias de la vida festiva del asentamiento, en la organización de competencias deportivas y entre otros aspectos más, como la formación de orquestas adscritas a las fábricas. Es cierto que los sindicatos, según indican los testimonios reunidos en el libro, lograron algunos beneficios para sus afiliados, pero también se caracterizaron por sus manejos turbios y corruptos, los cuales se describen con profusión de detalles en diferentes testimonios a lo largo del libro, como el citado a continuación: “Pero si andaban en pachangas, en malas compañías, en todo, se estaban gastando nuestras cuotas sindicales: hubo un tesorero que se llevó buena cantidad, entre ellos se taparon, se cubrieron, se llevó cierta cantidad y todavía lo veo pasar por aquí [...] Éste fue sobre las cuotas sindicales, pero de nada le sirvió porque en una noche se lo gastó en el Molino Rojo, un cabaretucho de mala muerte que estaba en La Merced” (pág. 129).

Otro proceso identitario ocurrido a raíz de que una parte importante de los tizapeños adoptó el trabajo como obreros se refiere a la generación de un lenguaje de señas que permitía a los trabajadores comunicarse en el interior de los ruidosos centros de producción. Esta práctica, recordada con algarabía y que desde luego da cuenta de la gran capacidad creatividad de los obreros, es otro de los elementos diacríticos que conforman en la actualidad el bagaje de tradiciones o de emblemas identitarios distintivos de Tizapán.

El libro narra el fuerte golpe para la vida económica y sociocultural del pueblo que representó la desaparición de las fábricas, así como los procesos de negociación de los obreros para evitar que se cerraran los centros fabriles y recibir una indemnización que, como era de esperarse, no llegó hasta muchos años después, tras múltiples ne-

gociaciones y con una moneda devaluada. En ese periodo la desolación y las penurias económicas cundieron en Tizapán, como lo muestra el siguiente testimonio entre los varios que reúne el libro sobre aquel momento: "En Tizapán estábamos impuestos a vivir en fábricas. Entonces nuestros hijos decían: 'No saben hacer otra cosa más que de la industria textil, por eso no queríamos que se cerrara la empresa, la fuente de trabajo. ¿Qué le hacíamos, si no sabíamos hacer otra cosa? Nada más eso'" (pág. 138).

Testimonios de Tizapán no relata la historia de un fracaso, sino que habla de un éxito, pues al final muestra la capacidad de este pueblo para superar la crisis, reactivarse y mantenerse vivo hasta hoy. Los antiguos obreros exploraron, no sin dificultad, nuevas alternativas de empleo, formas de vida y estrategias para recrear una identidad distintiva del pueblo, que ahora incorpora a su memoria histórica la tradición del trabajo fabril, que en el pasado reciente era consustancial al asentamiento.

Por último, esta obra, como otras de Teresa Mora, tiene un doble filo: por una parte es un aporte valioso para la investigación académica de los pueblos originarios del Distrito Federal, y por la otra constituye un acto de devolución a la colectividad que le brindó su tiempo, conocimientos y afecto para el desarrollo de la investigación.

•••

Luis Eduardo Gotés, Ana Paula Pintado, Nicolás Olivos, Angélica Pacheco, Marco Vinicio Morales y Daniela de la Parra (coords.), *Los pueblos indígenas de Chihuahua. Atlas etnográfico*, México, INAH, 2012.

Ana Paula Pintado Cortina

Esta obra desarrolla de manera amena temas etnográficos e históricos sobre los pueblos rálámuli, ooba (pima), oódam

(tepehuanos) y guarijío de la sierra Tarahumara, y es producto del "Proyecto etnografía de las regiones indígenas de México en el nuevo milenio" de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH, institución que la edita.

El atlas, realizado por un equipo multidisciplinario y coordinado por estos seis investigadores, incluye textos, ilustraciones, mapas, fotografías, cuadros estadísticos, amplia bibliografía y un glosario muy completo en la lengua de los pueblos de la sierra Tarahumara, sobre todo la rálámuli.



El volumen consta de 18 capítulos, divididos en estudios básicos y ensayos temáticos, apoyados en un conjunto de breves notas presentadas en recuadros.

En la obra se intentó desarrollar cada temática desde la proximidad; es decir, con ejemplos detallados que reflejen a la persona de carne y hueso. Gracias al extenso trabajo de campo de los investigadores, se obtuvieron fotografías de la cotidianidad, para intentar así, en conjunción con el texto, presentar una realidad más íntima. La idea es que los lectores experimenten lo que los investigadores han visto a lo largo de los años al visitar estos pueblos

indígenas, y acercarlos a la experiencia de estar allí, describiendo el olor a los pinos, del humo de las fogatas y del café recién hecho.

El atlas se procuró escribir a manera de testigo de una realidad sobrecogedora y muy compleja. Cada capítulo resulta insuficiente para la ardua tarea que significa reunir información de tan amplio territorio y diverso panorama cultural e histórico, que además rebasa las fronteras del estado de Chihuahua para extenderse hacia los de Sinaloa y Sonora.

El atlas manifiesta un agradecimiento a la hospitalidad de estos pueblos, mediante una mirada sin regodeos teóricos, sino que intenta mantenerse fiel a una descripción que refleje una realidad de por sí compleja. Se hizo gran hincapié en las estrategias utilizadas por los ooba, los odam, los rálámuli y guarijío para sobrevivir.

Por ejemplo, se habla de la importancia de la trashumancia, de la relación con su entorno, de la idea de comunidad, de las relaciones de género, de las misiones jesuitas, de su arte y su relación con el mundo capitalista y su cotidianidad, de las chivas, de las tortillas "gorditas y sabrosas", del pinole, el esquite, las noches estrelladas, del ambiente que se vive en las fiestas, de los vestidos multicolores, de las redes sociales, de los amaneceres y atardeceres. También se habla de la problemática de las minas, de la educación escolar, de las tierras erosionadas, de los cuernos de chivo...

Este atlas etnográfico relata una historia compleja a través de la experiencia de antropólogos, arqueólogos, viajeros, historiadores, periodistas y misioneros. Ojalá que sea disfrutada no sólo por académicos, sino por todos aquellos que quieran saber un poco más sobre la vida en la sierra Tarahumara.

•••